¿TRADUCCIONES PARA LECTORES O LECTORES PARA TRADUCCIONES?

CHARLOTTE FREI

Instituto Camões, Universidade do Minho

...doch seine Züge, die geordnet waren,
blieben für immer umgestellt.
R. M. Rilke

George Steiner en un reciente artículo en *Le débat* hace alusión a las maneras distintas de leer *El mundo como voluntad y representación* (*Die Welt als Wille und Vorstellung*), de Schopenhauer, efectuadas por Adolf Hitler y Thomas Mann. Lecturas-interpretaciones que, más tarde, encuentran su traducción en la II Guerra Mundial donde la voluntad es *total* y la ausencia del individuo absoluta, o, en un *opus* donde se halla eclipsado el afán occidental por la acción y dominación mutua a fin de traspasar la vida al arte. *«Deux lectures, donc, vraies et fausses»*, concluye Steiner, porque el acto de la lectura siempre es selectivo, ella siempre es *partielle et partisane*.[1] La traducción representa una decisión tomada a partir de una lectura, inscrita en la *terra finis* del papel, *verdadera* y *errada* a la vez, inevitablemente errante, a caballo entre sus antepasados y herederos. La traducción literaria como lectura consumida desea y propone otras nuevas lecturas, pero incita también a preguntar cuál es y fue el contrato entre la traducción y sus múltiples lectores, cuáles son los diferentes horizontes de expectativas que se procuran fundir o impedir.

Según Simon Lesser, *«if a work seems false or otherwise unworthy of our trust, we will become increasingly critical and less and less immersed in it»*.[2] Para el texto literario como objeto estético y estructura comunicativa esto significa que sólo *funciona* cuando consigue inspirar *trust* por su indudable autenticidad ficcional en cuanto escritura. El lector apenas se entrega a ella cuando le pueda reconocer esta credibilidad externa e interna. La promesa de una lectura *natural* de la obra extranjera comienza ya con la presentación física del libro traducido. Para mantener la equilibrada apariencia de la lectura figuran en la portada de las obras traducidas el nombre del autor extranjero y el título de su libro en una lengua que no es la suya como si fuese la suya. Empieza aquí el mito de la traducción, sugiriendo al público la ilusión de su propia representación. Entre, por ejemplo, un libro de *Kitsch*, ciencia ficción o incluso lírica es fácil la distinción por sus características morfológicas. El libro traducido, por el contrario, se halla aglutinado dentro de esta genética genérica. *La différence n'a pas lieu*. El arte consiste en ofrecer una otredad presuntamente ilesa e intacta combinada con una legibilidad natural, naturalizada, naturalizante. La historiografía literaria europea ha de-

[1] G. Steiner: «Une lecture bien faite», *Le débat* (1995), 86, p. 7.
[2] S. Lesser: *Fiction and the Unconscious*, Nueva York, Vintage, 1962, p. 161.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes

mostrado que en el ámbito de las traducciones, éstas, de hecho, merecen credibilidad siempre y cuando no parezcan tales, fingiendo ser otra cosa, precisamente aquello que no pueden ni desean ser: el original. A esta credibilidad de una presencia definida por su ausencia puede ser aplicado un fenómeno que Coleridge llamó *willing suspension of disbelief*,[3] es decir, para que el texto *funcione* como texto traducido y el lector *funcione* en cuanto lector literario es preciso que el lector voluntariamente renuncie a *no* creer que se trata de literatura original lo que está leyendo. Se cree en ella entonces a partir de la ficción de su propia ausencia.

Es al dirigir la vista hacia atrás cuando se pueden discernir, pues, momentos claves en la construcción de esta invisiblilidad, tan imprescindible para la relación recíproca entre traducciones y lectores. En la *Latinitas*, por ejemplo, y el marco de un sistema literario naciente, la traducción es *implícita*[4] dando su voz a otro discurso, el de una hermenéutica antagónica donde la traducción *«reinvents Greek eloquentia, it generates new models, it displaces its Greek sources, and in general is described in the active terms of a rhetorical project»*.[5] El público receptor restringido a una elite bilingüe se caracteriza por poseer la competencia intelectual que constituye aquí la variable para leer *a través* del texto original el texto traducido.[6] El conocimiento lingüístico-literario del receptor establece un nexo dialógico entre el original y la traducción invirtiendo la relación habitual del acceso al original por vía de la traducción, puesto que en Roma es la presencia previa del original lo que abre una controlada entrada a la traducción. La escritura traducida está hecha a la medida de un lector conocido y visible. En una comunidad interpretativa, así nítidamente circunscrita, los lectores son los traductores y los traductores los lectores y su homogénea composición socio-cultural permite prever estratagemas interpretativas y traductológicas igualmente homogéneas. Cicerón, en *De finibus*, es decir, en el contexto de la interpretación filosófica, pregunta *Quodsi Graeci leguntur a Graecis, iisdem de rebus alia ratione compositis, quid est cur nostri a nostris non legantur?*[7] y alude, de esta forma, a una actividad traductora cuya finalidad consiste en generar la posibilidad de leer y escribir como romanos para romanos. Se trata de satisfacer el deseo por parte de un público de *sentirse romano* y construir una memoria propia *a través* de otra memoria, de establecer retrospectivamente una tradición literaria y un pasado común. El autor griego tiene que morir para que el lector romano pueda nacer, *«...la naissance du lecteur doit se payer de la mort de l'Auteur»*.[8] Es también la voluntad «implícita» de este público de configurar un ritmo propio de lectura en su lengua y potenciar en términos metafóricos una civilización *autónoma*, precisamente por suplantar de forma *natural* a los agentes y obras

[3]N. N. Holland: *The dynamics of literary response*, Nueva York, Columbia UP, 1989[3], p. 63.

[4]V. García Yebra: *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Gredos, 1994, p. 28.

[5]R. Copeland: *Rhetoric, hermeneutics, and translation in the Middle Ages. Academic traditions and vernacular texts*, Cambridge, Cambridge UP, 1991, p. 34.

[6]S. Bassnett-McGuire: *Translation studies*, Londres-Nueva York, Routledge, 1991[2], p. 45.

[7]Cit. por R. Copeland: «The fortunes of *non verbum pro verbo*: or, why Jerome is not a Ciceronian», en *The Medieval Translator. The Theory and Practice of translation in the Middle Ages*, ed R. Ellis, Cambridge, D. S. Brewer, 1987, p. 25.

[8]R. Barthes: *Essais critiques IV. Le bruissement de la langue*, París, Seuil, 1984, p. 67.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes

griegos. Incluir la traducción en el discurso retórico es hablar de ella hablando de otra cosa, lo que equivale, de hecho, a no hablar de ella.

En el ámbito de la cristianización, que, según Mounin, siempre significa traducir,[9] la teoría y práctica de la traducción son regidas por las costumbres de los creyentes en cuanto lectores y oyentes. La terminología del hábito litúrgico en la Roma Occidental se fundamenta en la secular tradición católica de autorizar y santificar una sola lectura *correcta* de las Santas Escrituras, desautorizando e incluso desacralizando, de este modo, sus propias raíces hebraícas y griegas. *«Hence translation in all Christendom replaced the source text, and effectively became, as earlier stated, the original».*[10] Este mismo mecanismo, según Barnstone, trae consigo una inevitable secularización de los originales olvidados. San Jerónimo, de hecho, en el siglo V, *«was unique among Christian scholars in having any knowledge at all of Hebrew»* (p. 190). Tan sólo por este hecho es un *elegido*, es un *profeta* de la palabra divina y la interrelación del traductor con sus receptores es la del profeta con los creyentes. El traductor del *verbum sanctum* encarna la palabra única, inalterablemente unívoca, de un ser superior por inspiración divina; tiene la confianza del Otro y por ello puede remitirla a otros. Comienza a construirse aquí la imagen el traductor idealizado comparable al *informed reader* de Stanley Fish, es decir aquél que

1. *is a competent speaker of the language out of which the text is built up,*
2. *is in full possession of «the semantic knowledge that a mature... listener brings to his task of comprehension», including the knowledge (that is, the experience, both as a producer and comprehender) of lexical sets, collocation probabilities, idioms, professional and other dialects, and so on; and*
3. *has* literary *competence.*[11]

Cuando el pretexto cesa de ser accesible para el público receptor éste fundamenta su *trust* en la promesa del especialista que reclama hablar y escribir en nombre de otro. Es justamente esta premisa convencionalizada la que suspende el *disbelief* en la palabra, suspendiendo al mismo tiempo la confianza para con el sujeto traductor, por ser el *único* en testimoniar la autenticidad del texto, no verificable para la inmensa mayoría de los lectores. La tensión que nace de esta situación para el traductor es la de tener que corregir y ajustar su propia competencia de *informed reader* a la competencia diferencial de su público socio-histórico. Configurar y adaptar la lectura personal a un *modo de leer* de una comunidad interpretativa corresponde a una tradición oficial de la lectura que exige precisamente una escritura reconocible para su memoria porque su fe católica está ligada invariablemente al recuerdo de *un logos* y de *un* Dios.

En el Romanticismo, sobre todo su vertiente alemana, se problematiza de forma nueva el acto traductológico y la relación confidencial entre la traducción y el lector. El

[9] G. Mounin: *Die Übersetzung. Geschichte, Theorie, Anwendung*, Múnich, Nymphenburger, 1967, p. 25.

[10] W. Barnstone: *The poetics of translation: history, theory, practice*, New Haven-Londres, Yale UP, 1993, p. 186.

[11] S. Fish: *Is there a text in this class? The authority of interpretive communities*, Cambridge-Londres, Harvard UP, 1980, p. 48.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes

reconocimiento del traductor como «poeta del poeta» (Novalis) estiliza su poder autorial hasta tal punto que es calificado de *autor clásico*, de *genio creador*.[12] Gracias a él, la lengua y literatura alemanas puedan ser amplificadas *(erweitern)* e incluso generadas, puesto que la traducción se ha convertido en llave maestra en el proceso del *continuum* de las formas. Yace en el trasfondo la concepción de la lengua como movimiento, historia y condición para una individuación libre. La *Bildung* (formación y cultura) percibe la otredad como espacio necesario que el yo tiene que cruzar –como si fuese fuego catártico– para regresar modificado, siendo una potencialización del yo anterior. El viaje universal, para ser enriquecedor, debe hacer el *détour* a través del otro, comprendiéndolo en su historicidad, y volver a sí mismo a fin de completar la producción de la identidad. Según la predilección schleiermacheriana por la traducción *auténtica* en oposición a la *no auténtica*[13] es preciso representar lo extraño, *das Fremde*, en el texto traducido.[14] Humboldt, tres años más tarde, va más allá y reclama una presencia de lo extraño sin su extrañeza (*die Fremdheit*),[15] lo que, según Berman, equivaldría, en el fondo, a *«refuser l'étrangeté de l'étranger tout aussi profondément que l'ethnocentrisme du classicisme français»* (p. 248).

Cohabitan, de hecho, dos realidades empíricas en la época: están, por un lado, los filólogos que traducen clásicos como Homero o Platón, Cervantes o Shakespeare, etc. para la minoría social de una cultivada burguesía. Su metodología es el extrañamiento de la lengua vernácula y un desvío diacrónico-formal del objeto literario. Este hecho no supone para el *Bildungsbürger* ningún efecto de ilegibilidad precisamente por ser un lector competente, un *Liebhaber* y *Kenner*, que sabe «traducir» la diferencia.[16] Supone tal vez un aumento de dificultad, pero es aquí donde queda certificada también la autenticidad histórica del texto que origina su credibilidad para este lector.

Por el otro lado están los traductores «transparentes», con una metodología caracterizada por su fácil legibilidad que apunta a la mayoría de un público heterogéneo en busca de la literatura de evasión, como *«Gothic tales, chivalric romances, realistic novels both sentimental and didactic, biographies of exemplary men, travel literature»*.[17] Sobre este último horizonte de expectativas que procura la contemporaneidad en los temas y géneros de su lectura, resulta comprensible pensar que las traducciones filológicas encontraron aquí sobre todo rechazo por parte del receptor.[18] Existen, por lo tanto, en una misma sociedad diferentes gustos y necesidades literarias simultáneamente que determinan el canon estético de las obras y lenguas traducidas con fines diferentes. En el público aficionado a la literatura de evasión predomina la traducción

[12]A. Berman: *L'épreuve de l'étranger, Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, París, Gallimard, 1984, p. 68.

[13]Ib., p. 236.

[14]F. Schleiermacher: «Über die verschiedenen Methoden des Übersezens, (1813)», en H. J. Störig: *Das Problem des Übersetzens*, Darmstadt, WBG, 1963, pp. 57.

[15]W. von Humboldt: Intr. a su trad. del *Agamemnon (1816)*, en H. J. Störig, o. cit., pp. 71-96.

[16]Ib., p. 51.

[17]L. Venuti: *The translator's invisibility. A history of translation*, Londres-Nueva York, Routledge, 1995, p. 104.

[18]F. Apel: *Literarische Übersetzung*, Stuttgart, J. B. Metzler, 1983, pp. 78-79.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes

horizontal, es decir, de una lengua vernácula a otra, y en la elite burguesa la traducción *vertical*, es decir, de una lengua de prestigio a una lengua vernácula.[19] Puede pensarse así en el fenómeno de las *malas lecturas fuertes* y las *malas lecturas débiles* de Harold Bloom.[20] Las lecturas-traducciones filológicas son fuertes porque insisten en sí mismas e incitan por su trasfondo formativo e instructivo a nuevas fuertes escrituras. Especulan con el impacto generativo de sus traducciones en la lengua y literatura nacionales de un pueblo. Las lecturas-traducciones débiles, al contrario, por no ser insistentes en sí mismas, se evitan y son, por ello, ante todo transcriptivas, sin pretender estimular innovaciones.

En este breve recorrido por demasiados pocos puntos claves en la historia de la traducción apenas se han podido destacar ciertas características dejando de lado a muchos matices inherentes al fenómeno. En varias ocasiones la política de la traducción creó o mantuvo modos de leer para receptores específicos; en otras, y a veces al mismo tiempo, el tejido de los receptores en su entorno histórico exigió determinadas lecturas/traducciones. Dominó y domina, sin duda, en el ámbito europeo una tendencia hacia la facilidad de la lectura, una voluntad de crear la ilusión de la naturalidad. La actitud convencionalizada del receptor ante la obra literaria y su respectiva lectura determina(ba) la producción y recepción de las traducciones literarias. Si en la dialéctica clásica y neoclásica los *auctores* en cuanto *litterati* inician la escritura según los modelos prescriptivos de la *imitatio* –sea retórica, sea poética–, se prescriben paralelamente también pautas de interpretación normativizadas. Du Bellay, al enraizar la ley de la traducción en el hecho de *«n'espacier point hors des limites de l'aucteur»*,[21] defiende e ilustra implícitamente una discursividad que sobrepasa los márgenes del texto ajeno para alcanzar a un público con una estética concreta. La naturalidad de la lectura creíble para el receptor consiste aquí paradójicamente en el perfecto artificio retórico del objeto estético. Con la historización de la lectura en el Romanticismo, reflejada en el estilo personal de la expresión verbal del autor, se confirma, de cierto modo, la supervivencia del modelo clásico bajo otra apariencia. La armonía, el orden, el equilibrio de las obras clásicas desplaza y disloca al lector mediante la traducción como palimpsesto idealizado. El orador, el «profeta», el *alter ego* del autor autorrepresentan y evitan el papel de la traducción como revelación de la diferencia.

A esta otredad se podía llegar por otro camino. En una aproximación *heterarchical*, es decir, *nonhierarchical*, P. D. Murphy, al discutir el fenómeno del *nature writing*, elabora un acceso alternativo a la diferencia que probablemente resultaría fecundo para la propia traducción.[22] *«What if we worked from a concept of relational difference and anotherness rather than Otherness?»*, pregunta Murphy, y reformula unas bases teóricas que durante tiempos inmemoriales estancan la discusión del concepto. Al fundamentarla insistentemente sobre el fraudulento fondo de las invariantes para con el

[19]G. Folena: *La Traduzione. Saggi e studi*, 1973, citado en S. Bassnett-McGuire, o. cit., p. 52

[20]H. Bloom: *La cábala y la crítica*, Cáracas, Monte Ávila, 1992[2], p. 99.

[21]J. du Bellay: *La deffence et illustration de la langue francoyse (1549)*, en la edición crítica de H. Chamard, Ginebra, Slatkine, 1969, p. 88.

[22]P. D. Murphy: «Voicing another nature», en K. Hohne y H. Wussow (eds.): *A dialogue of voices. Feminist literary theory and Bakhtin*, Minneapolis-Londres, Univ. of Minnesota, 1994, p. 63.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes

otro se suprimen, *ipso facto*, las partes más excitantes e intranquilizadoras, una presencia de enriquecimiento que pudiese nada menos que relativizar la nuestra. Es la igualdad en la diferencia no dicotómica, su *anotherness* lo que deberíamos enfrentar en términos positivos, en lugar de seguir concentrándonos en encontrar exclusivas semejanzas.

Aquí aflora una propuesta postulada en el último libro de Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility*, donde, en el ámbito de la cultura anglo-americana de hoy y ayer, denuncia el predominante criterio valorativo resumido en la *fluency* del texto traducido que impone la transparencia a la escritura y ayuda a invisibilizar al traductor en favor de un «original» (p. 2). Su rechazo de la traducción dinámica, que sólo domestica, según él, en lugar de destacar las diferencias que siempre son recíprocas, desemboca en la alternativa de desarrollar *«a theory and practice of translation that resists dominant target-language cultural values so as to signify the linguistic and cultural difference of the foreign text»* (p. 23). La lectura «sintomática» (p. 41) de la *foreignized translation* debe, según Venuti, revelar la violencia etnocéntrica intrínseca en ella y ser puesta a la luz en el traducir y leer de la traducción. Esta nueva estética de la discontinuidad (p. 306), que favorece la pragmática de un modelo de desvío, defiende que la diferencia del texto extranjero sólo puede ser representada *«by domestic values that differ from those in dominance»* (p. 98). El concepto de Venuti –que no deja de recordar metodologías románticas– vendría a forzar la(s) dominante(s) comunidad(es) interpretativa(s) a aceptar la traducción *qua* traducción, un género literario específico con un modo distinto de leer y actualizar el texto. Para el ámbito europeo la naturalidad o fluidez de la lectura es evidentemente tan igual de importante y primordial como para la cultura anglo-americana. La realidad inmediata de hoy en día opone la *literatura traducida para lectores de literatura* al esquema de la *traducción literaria para lectores de traducción* enunciado por Venuti. Parece, no obstante, que aún no existe ninguno de los componentes necesarios para el modelo, entonces utópico, una fórmula en búsqueda de un lector especializado en una técnica minoritaria de leer y apto para gozar de un texto quebrado en su ritmo semántico y sintáctico. Se pide a este lector que confíe en un objeto desfigurado, deformado por oponerse al canon estético secular de una representación armónica, autorizada precisamente por el peso de una mayoría. ¿La traducción como contra-lectura militarizante en el juego de las reivindicaciones de minorías étnicas, culturales, etc.? Una escritura y lectura de la traducción que se ofrece como marginalizadora, ex-céntrica, por evitar el discurso dominante crea, sin duda, otra elite. ¿No se trataría más bien de deconstruir el discurso dominante desde el interior de su propia discursividad tan poderosa y tan ambigua? Tal y como sea que se represente la diferencia del *another*, es preciso acercarse a ella a través del placer del texto creando horizontes y expectativas de gozo, desde la entrada de la lectura hasta la práctica de su escritura. El acto de la lectura debe ser un acto profundamente democrático, accesible virtualmente a todo sujeto lector, sin marginalizar o monologizar consigo mismo. Sólo seduciendo y no rechazando al público puede la traducción establecer una postura alternativa frente a su propia identidad y captar el interés por la heterogeneidad que expresa. Revelar el movimiento asimétrico entre la textualidad y su con-textualidad y representar la sorpresa de su compatibilidad –es aquí donde *la jouissance a lieu*.

La Palabra Vertida. FREI, Charlotte. ¿Traducciones para lectores o lectores para...
Centro Virtual Cervantes